

EL HIPPISMO COMO FILOSOFIA DE LA EXISTENCIA

Introducción.

El hippismo ha aparecido como el más durable y el más profundo de los movimientos juveniles, que han aparecido en estos años tormentosos transcurridos desde la última guerra mundial. Y es un movimiento específicamente diverso del de las pandillas juveniles delincuentes. El hippismo es un movimiento internacional, que predica el amor y la paz, la alegría de vivir y la rebelión pacífica contra nuestra sociedad bélica e industrializada: sus armas son las flores y la música. Los festivales hippis han convocado muchedumbres inmensas de jóvenes, pertenecientes a todas las clases sociales y a todos los países del orbe. Y se han tenido en lugares tan distantes como Estados Unidos de América, la India y Europa.

Un movimiento de tal envergadura ha de hacer reflexionar al filósofo, atento a los avatares de la historia y de la sociedad. No podemos ignorar al fenómeno, como pretenden los hombres sesudos de nuestras sociedades capitalistas. Ni podemos reducirlo a un mero capricho juvenil de adolescentes despreocupados y haraganes, que no cuidan del atuendo ni de la limpieza de sus cuerpos y se reúnen en grupos para quemar marihuana en busca de una evasión. Si el hippismo lleva más de una década de existencia y sus ondas se expanden a un número creciente de adeptos en las diversas naciones de la tierra, quiere decir que a tal movimiento subyacen ideas universales, que concuerdan con los ideales de una gran parte de nuestra juventud. Y esto debe acuciar la investigación de los filósofos sociales.

Esto pretendemos en nuestro estudio. No queremos caer en tópicos sociológicos, psicológicos o morales. Tampoco queremos pecar de superficiales, aplicando epítetos despectivos de hombres normales, ante una corriente que desconocemos y que no nos importa llegar a comprender. Es fácil condenar como anormal a cuanto no concuerda con nuestras costumbres. Pero cuando una corriente humana es tan universal la prudencia nos aconseja que pongamos en tela de juicio nuestra propia normalidad. Como anota Gilson, "cuando

S. de Anitua

nos vemos rodeados de locos por todas partes, debemos preguntarnos sinceramente si la locura no está en nosotros".

Vamos a reflexionar filosófica y personalmente sobre este fenómeno sociológico de nuestros días. No podemos avalar nuestras opiniones con citas de pensadores contemporáneos, porque no hemos encontrado ningún estudio filosófico sobre el hippismo. Valga nuestro ensayo como introducción a esta veta filosófica aún no estudiada con la seriedad que se merece.

1. Nuestra sociedad insatisfecha.

Nuestro tiempo es un tiempo indigente. Heidegger lo ha auscultado bien. Y esta indigencia nos ha llegado, cuando menos lo esperábamos.

El siglo XIX fue un siglo satisfecho. Se lo llamó el siglo de las luces, de la ilustración. Fue el siglo científico por excelencia. El cosmos



... el hippismo predica la alegría de vivir y la rebelión pacífica ...

parecía plenamente dominado. Sin embargo el siglo XX ha superado insospechadamente a su antecesor. Los últimos treinta años han presenciado más descubrimientos científicos que todo el siglo pasado. La ciencia parece haber dominado a la materia y aun al espíritu. El mundo ya nos resulta estrecho para nuestras investigaciones y el espíritu científico del hombre busca ampliar sus barreras conquistando al universo extramundano. La luna ha dejado de ser un sueño romántico y Marte amenaza con convertirse en una estación espacial de viajes interplanetarios. El confort, la rapidez de desplazamientos, el turismo ha llegado

a cimas insospechadas. Diríamos que el espíritu científico está alcanzando una cumbre señera. De seguir en esta línea nuestra torre de Babel amenaza con conquistar al mismo cielo, del que ha de emigrar Dios, su propietario hasta ahora. Dios comienza a salir sobrando. El secularismo contemporáneo, iniciado por las rabiets insolentes de Nietzsche, ya le ha dado el preaviso de despido, para que desaloje cuanto antes sus funciones salvadoras de la historia.

Sin embargo . . . Nuestro mundo está inquieto. Nunca se han producido tantos bienes como hasta ahora y nunca la miseria y el hambre han sido tan universales y tan conflictivas. Nunca han existido tantas organizaciones mundiales para procurar la paz y el progreso y nunca tampoco ha existido tanta violencia y tanto subdesarrollo consciente en nuestra humanidad. Hoy no estamos, ciertamente, satisfechos de nuestro mundo. ¿Será que hemos equivocado el camino de la felicidad? ¿Será este espíritu técnico-industrialista y mercantilista la causa de nuestra desgracia?

La burguesía decimonónica puso su ideal en algo extrahumano: el dinero, la producción, los artefactos. Y se olvidó del Ser del hombre para convertirse al amor de las cosas. A medida que iba creciendo el amor a las cosas se iba perdiendo la valorización del hombre en cuanto tal. El olvido del SER trajo como consecuencia el ansia por el TENER. Los pueblos fueron estimados por su potencia —bélica o económica—, los individuos por sus riquezas. Ya no valían los apellidos nobles, sino las cuentas corrientes de los bancos. El nuevo rico fue más importante que el noble arruinado. La diferencia de familias dio lugar a la diferencia de clases. Y se proclamó el principio capitalista: el negocio no tiene corazón. Las riquezas se amasaron con sangre humana y la competencia exigía la aniquilación del adversario. Del plano individual se pasó al plano internacional y político. De la competencia individual a la guerra destructiva no mediaba sino una evolución cuantitativa: la guerra

era la traducción internacional de la competencia entre diversos países.

La primera aldadada de aviso la dió la revolución rusa y la formación del comunismo internacional. Fue una aldadada de sangre. Y se propugnó una dictadura del proletariado, que había de llevarse hasta sus últimas consecuencias. Así a la satisfacción burguesa del siglo XIX ha sucedido la violencia amenazante del siglo XX. El mundo se ha dividido en dos bloques antagónicos y las naciones en dos clases hostiles: se ha entronizado la violencia irracional en el trono de la ciencia racionalista. Y aun la ciencia se ha convertido en irracional e inhumana al ponerse al servicio de la destrucción. Hoy tenemos miedo al progreso, porque nos puede llevar al caos.

Pero volvamos a reflexionar sobre los datos expuestos: ¿el olvido del ser y del hombre será la causa de nuestra angustia contemporánea?

2. La hipocresía de una sociedad civilizada.

Junto a la violencia reina la hipocresía. El burgués siglo XIX aspiró a un refinamiento en sus actitudes urbanas. El hombre se quiso distinguir de los animales y de sus congéneres más que por su ser específico, por sus modos artificiales de comportamiento. Aparecieron por doquier los manuales de buenos modales. Las fiestas de sociedad, los banquetes y las reuniones eran un rito abundante en prescripciones mínimas: el jefe de protocolo llegó a hacerse indispensable en las ceremonias oficiales. Aún podemos consultar voluminosos manuales, que prescriben la actitud correcta para las acciones más corrientes de la vida. La diferencia entre un rústico y un civilizado, entre un salvaje y un magnate no estribaba tanto en su excelencia humana, sino en los ritos de su comportamiento. Y así hemos llegado a la hipocresía de nuestra sociedad contemporánea. El traje caro y bien cortado encubre la miseria humana de la persona, que se enfunda en él; la sonrisa y el abrazo amigables enmascaran las intenciones ocultas de los dos enemigos, que pretenden discutir los términos de un tratado, que jamás llegará a cumplirse; la felicidad aparente de la pareja de moda, que es fotografiada en las revistas multicolores, oculta la infidelidad conyugal, que mina por dentro su vida. El TENER ha desplazado la jerarquía de valores. Y nos duele, cuando llegamos a comprender que ya no valemos para nada y que nuestra vida está sujeta a los intereses de los potentados. La soledad ha irrumpido en nuestro mundo, porque el hombre en sí vale muy poco: son sus bienes los que valen. El puritanismo de



... el todo es Brahma, el mundo es apariencia,
mi yo es divino ...

nuestra civilización no llega a disimular la perversión de nuestra vida social.

3. La filosofía oriental invade a occidente.

Nuestra metafísica occidental, que ha olvidado al ser, ha comenzado a hacer agua. Los afanes espiritualistas de la juventud rebelde se han vuelto hacia el oriente. De allí ha de venir la luz del nuevo mundo, como de allá nos viene el sol cada mañana. Y las doctrinas metafísicas y espiritualistas orientales han invadido a occidente. Los grandes gurús hindús o tibetanos recorren Europa y los Estados Unidos, ocupan cátedras en las universidades y en los Institutos de enseñanza y predicán su cruzada de metafísica espiritualista. Estos maestros, cubiertos únicamente con una sábana blanca y rapada su cabeza encuentran siempre un auditorio curioso dispuesto a beber sus enseñanzas. Por otra parte, los escritos sobre el Yoga en sus diversos niveles, los libros sagrados del Tibet y las vulgarizaciones más o menos fantásticas de Longsang Rampa y de otros escritores suceden sus ediciones en cantidades apreciables.

¿En qué consiste el aprecio de la filosofía oriental, como contraste con el declive de la metafísica de occidente?

La filosofía oriental vuelve sus ojos hacia el SER, hacia Brahma, el Absoluto. Sólo Brahma existe. El mundo es una apariencia despreciable. Si algo tiene el mundo de apreciable, esto consiste en ser una emanación de Brahma.

El hombre corpóreo es también algo despreciable. Si algo hay en él de existencia, ésta consiste en el ATMAN. Para los más radicales de los pensadores orientales este Atman es un sueño de Brahma, que, por serlo, se identifica con Brahma mismo. Por ello, para que el hombre se encuentre consigo mismo y aprecie su valor es preciso que se engolfe en el pensamiento divino, que es lo único real y existente. El hombre existe, en cuanto hay en él algo divino. Y eso es su pensamiento.

La vida corpórea del hombre es sufrimiento, porque el mundo es mera apariencia. El deseo de vivir como algo autónomo e independiente de Brahma sólo puede engendrar sufrimiento. El sabio encuentra la paz y la alegría, al descubrir su atman. La felicidad está en dejarse llevar por la vida, sin violencias, sin ansias. Los hombres son desgraciados porque quieren vivir su vida, quieren tener, poseer, disponer. Y el deseo de apariencias engendra sufrimiento: buscamos realidades, donde sólo existen sombras. Es preciso renunciar a la autoafirmación.

Los cuatro pilares, pues, de las filosofías orientales son:

- el todo es Brahma,
- el mundo es apariencia,
- mi yo es divino,
- puedo disolverme en el absoluto nirvana, cuando haya huído de la esclavitud del karma (cuerpo), que nos ata a nuestro pasado de dolor.

4. El Budismo, como forma práctica del brahmanismo hindú.

El budismo es una secta ascética: quiere enseñar el camino de la perfecta liberación. Insiste en la inconsistencia y transitoriedad de todas las cosas. No existen sino fenómenos, que aparecen y desaparecen. Toda vida es dolor y el origen del dolor es la sed de existencia. El aniquilamiento del dolor se dará, cuando se haya aniquilado el deseo. Buda propone los ocho senderos de la sabiduría. Estos ocho senderos se pueden reducir a dos grupos de prácticas: la pureza de la acción y la pureza de la contemplación.

La ascética búdica es una vida de renunciamento, de aniquilación del deseo y del ansia. Hay

que evitar incluso la violencia de la ascesis. El iniciado en esta ascética conseguirá el renunciamiento más admirable sin esfuerzo considerable. El budista se desprenderá —no se arrancará— de sus deseos. La renuncia se hará suavemente, dulcemente. No es una renuncia positiva, sino negativa: es la indiferencia sonriente del desasimiento perfecto. Toda pasión, cualquiera que sea, entraña deseo; el hombre perfecto carece de deseo. Si todo es ilusión, no hay más razón para dar los bienes, que para conservarlos: sólo es preciso convencerse de que no existen.

Por eso el monje será sobrio y pobre. Su desasimiento espiritual le hacen inaccesible a la lisonja y al desprecio. Su misma castidad será un tanto especial: será una castidad sin deseo. No implica la cesación del ejercicio sexual, sino la práctica del mismo, como algo indiferente. Las mismas aberraciones sexuales dejan de serlo, porque no se les da importancia: da lo mismo fornicar con un hombre que con una mujer, fornicar o no fornicar. El monje budista no se deja llevar nunca por arrebatos. Incluso practica la beneficencia no por amor, sino por desamor; comparte sus bienes, no por amor al desvalido, sino por desamor a sus bienes. Diríamos que el budista practica el bien con los demás por compasión. A medida que el perfecto se libera del deseo, comprende más la miseria de los que sufren por dejarse llevar de la sed de la existencia. La compasión nace del no deseo. Y, por ello, el perfecto llega a hacer obras admirables en bien de los demás. El mismo Buda *“alimentó a un tigre hembra con su propio cuerpo, y amputó sus miembros para alimentar a un cuervo y salvar a una paloma”*.

La pureza de la contemplación, por su parte, tiene como meta al éxtasis. El éxtasis no consiste en la unión con una realidad inefable —como en la mística cristiana—, sino que es recogimiento negativo, cesación de la sensación y de la idea, salida de sí mismo, abandono del propio cuerpo.

El poema Damnapada canta así el estado del hombre, que ha aniquilado todo deseo: *“Aquel cuyos sentidos están en reposo, como caballos bien domados; aquel que se ha despojado de todo orgullo y está libre de toda impureza; aquel que es tan perfecto . . . hasta los mismos dioses le tienen envidia . . . Vivimos en perfecta alegría, sin enemigos en el mundo de la enemistad, sanos entre los enfermos, sin cansancio entre los que se cansan. Vivimos en perfecta alegría, nosotros que nada tenemos; nuestra alegría es nuestro alimento, como el de los dioses radiantes”*.



5. La renuncia y los superpoderes.

La civilización y el deseo han disminuído incluso los poderes naturales del hombre.

Si lo auténticamente real del hombre es su pensamiento, la perfección del hombre consistirá en identificarse con su pensamiento, aunque sea quitando los estorbos, que le pone su cuerpo y sus sentidos materiales. La meditación y el dominio del cuerpo será el camino hacia esta identificación. El hombre, que lo logre, se habrá realizado perfectamente y su acción se identificará con su pensamiento. Bastará pensar en algo, para realizarlo, por muy difícil que parezca esto al no iniciado (1).

Por otra parte parece que la civilización lo único que ha procurado es facilitar y suplir la acción corpórea del hombre, creando instrumentos, que suplan la debilidad de los sentidos. Pero esta misma civilización ha contribuído así a debilitar aún más los poderes sensoriales del hombre. El hombre no se preocupa ya de la finura y alcance de su vista, porque su horizonte se ha limitado y, al mismo tiempo, sabe que cuenta con catalejos, telescopios, etc., que hacen inútil el esfuerzo y la afinación visual. También la luz artificial, los espectáculos del cine y de la televisión han contribuido a debilitar el sentido de la vista. Aún hoy el marino —abierto a grandes distancias— y el beduino del desierto goza de mayor agudeza visual, que el burgués recluso de la ciudad. Lo mismo podemos decir del oído, estropeado por el ruido de las ciudades y de la industria. Es posible, incluso, que hayamos perdido la capacidad de sensaciones antiguas, que hoy nos parecerían maravillosas, pero que concebimos imposibles. Pensemos en ese sentido extraño de la sensación de peligro, que aún poseen los animales; o el olfato tan disminuído en el animal humano.

¿Estarían tales sentidos mucho más desarrollados en aquellos lejanos tiempos salvajes en que el hombre estaba mucho más cerca del animal y tenía menos inhibiciones en la sensación de su propio cuerpo?

Estos dos principios parecen estar presentes en las obras pseudocientíficas —así nos parecen— de Lungsang Rampa. La liberación y los viajes interestaciales del famoso cuerpo austral, que navega ligado al cordón de plata, como un juguete de niños atado sutilmente al ombligo del cuerpo terreno, parece suponer esa identificación del YO con el espíritu, en contraposición a lo corpóreo terreno. Y si este espíritu es inespacio e intemporal se deduce la posibilidad de trasladarse al pasado y al futuro, a lo sideral y a lo terrenamente distante. Ese yo se identifica con el pensamiento y el hombre perfecto puede liberarlo a su antojo. De la misma manera, la suposición de un tercer ojo sensorial y de otros sentidos se apoya en que el hombre civilizado ha perdido, por causa de la misma civilización, muchos de los poderes, que le son naturales.

Si presuponemos estos dos principios no es difícil considerar a la civilización como enemiga del hombre. Y la huída de la civilización es un ideal apetecible.

6. Cristo y las filosofías orientales.

A primera vista podría parecer que Cristo bebió muchas de sus doctrinas de estas fuentes orientales. Incluso se ha llegado a suponer un viaje de Cristo al oriente durante su infancia o juventud, de la cual apenas quedan rastros en los Evangelios. Algunos han querido, por lo menos, suponer en Jesús un aprendizaje de los misterios en la escuela de los esenios, influidos poderosamente por las doctrinas orientales.

Cristo, en este sentido, fue un iluminado más, quizá el más puro de los iluminados. Por eso fue pobre —aunque no repudiara las invitaciones a comer con los ricos—; fué manso hasta el heroísmo de su pasión, predicó la renuncia y el perdón a los enemigos. Cristo, con sus sandalias, su bordón y su túnica blanca, era un gurú de las escuelas hindúes de meditación. Por eso fue capaz de pasar cuarenta días sin comer en el desierto, dedicado a la meditación y noches insomnes a solas con su atman, que emanaba de Brahma, a quien El llamaba Padre.

De aquí las dotes extraordinarias extrasensoriales de Jesús y su poder milagroso: podía andar sobre las aguas, ver a distancia la curación de un enfermo, soportar el dolor sin una queja, perma-

necer en el sepulcro tres días y salir al cabo de ellos sano de sus heridas.

Sin embargo, a pesar de las similitudes superficiales entre Cristo y los gurús orientales, no podemos menos de subrayar vigorosamente profundas desemejanzas de fondo. Cristo no manda la “compasión”, como Buda, sino el “amor” al enemigo, incluso hasta dar la vida. Jesús tiene un compromiso existencial con Dios, a quien habla como con una Persona, y con su pueblo, por el que llora, con el que se encoleriza y a quien amonesta. Cristo pide un compromiso total con El a sus discípulos. Jesús no se contenta con una indiferencia pasiva ante los acontecimientos: El es Salvador y Redentor de un mundo de pecado. El ha venido a deshacer la obra del demonio y del pecado. El ha venido a entregar la vida en una donación voluntaria y en un acto de obediencia y de sacrificio. El tiene un miedo, que le hace agonizar de angustia; gusta el fracaso de su obra y se queja. Cristo es el hombre, que tiene encomendada una misión y arde en deseos de cumplirla, aunque su organismo se rebela y sufre. Cristo no es un Buda sentado en padmasana, con los ojos cerrados sobre sí mismo y los brazos colgando lánguidos a sus flancos. Cristo muere con los brazos en tensión, los ojos bien abiertos y dando una voz de triunfo y de angustia y de confianza.

7. El hippismo hijo de las filosofías orientales.

No nos costará gran trabajo descubrir las analogías entre los principios de las filosofías orientales y los slogans de las canciones, de las poesías y de las pláticas proselitistas del hippismo.

El hippismo nació entre una juventud de buena sociedad y de naciones comercialmente ricas, pero aburrida por la deshumanización de la cultura y la hipocresía de las clases elevadas. La juventud captó bien el pecado original de esta sociedad violenta, angustiada y neurótica: el ansia de poseer,



el olvido del ser, la prevalencia de lo extrahumano sobre el hombre, de las cosas sobre el espíritu. De ahí la violencia y la hipocresía. Por eso el anhelo de paz y de amor vividos en autenticidad personal, no disimulada o encubierta por aditamentos extrahumanos.

El hyppi ha hecho de la flor el símbolo de su vida: belleza efímera, aparente, sin consistencia. Así son las bellezas sensibles. El hyppi ha hecho de su vida una renuncia a lo corpóreo: no tiene patria, ni familia, ni bienes. Deja la seguridad del futuro por vivir plenamente su presente: ni ahorra ni trabaja. Acampará a la orilla de cualquier río, emparejará con cualquiera que desee compartir su vida, vestirá cualquier andrajo o estará desnudo y descalzo. Se liberará de inhibiciones sociales y de normas de urbanidad. Vestirá el pantalón más barato y lo tendrá puesto, mientras cumpla con su misión esencial de cubrir al cuerpo, aunque haya perdido la forma correcta del planchado o el color original de la limpieza. Usará sandalias toscas o nada en los pies. No pretenderá tener mujer propia, hijos propios, casas propias: ni celos ni deseos. Vivirá el amor sexualmente, si así se le ofrece, con quien se le ofrezca, sin pedir ni prometer fidelidades. Y lo hará porque sí, porque así le viene dada la vida, sin complejos ni inhibiciones, sin simular una castidad que no entiende y que casi nadie cumple. Será él, no sus vestidos ni sus normas de comportamiento social.

Todo esto lo hace el hyppi no con ánimo de protesta violenta, sino de indiferencia pacífica. No quiere ponerse en contra de la sociedad, simplemente la ignora, porque es pura apariencia. El hyppi es pacífico, no rebelde. En esto se diferencia el hyppismo de las pandillas juveniles violentas y destructivas. Incluso padecerá ir a la cárcel, las burlas y las agresiones, con la tranquilidad de quien ha superado las zozobras de los sentidos y la angustia de los desprecios.

El hyppi querrá evadirse, ausentarse de este mundo falaz y de sus sensaciones. Cuando todavía no ha alcanzado la perfección de la meditación, usará medios artificiales que le ayuden: la marihuana, las drogas. Pero éstos serán sólo medios —aunque a veces se convierta en drogadicto— para alcanzar su perfección, para emprender el viaje, para ingresar en el corazón del universo. Por eso buscará un maestro que le guíe en su viaje. En ese viaje sentirá que sus sentidos se hacen más sensitivos, su mente más ágil. Y descubrirá —o creará descubrir— su yo más íntimo, que hasta entonces estaba encubierto por las inhibiciones y los engaños de la vida social y de la educa-

ción. Pasado su noviciado, el hyppi podrá entrar en contemplación sin necesidad de drogas, dejar su mente en blanco y hermanarse con el atman universal, emanación de Brahma.

8. Apreciaciones críticas del movimiento y de la filosofía hyppi.

No queremos confundir al verdadero hippismo con las actitudes snobistas de muchos jóvenes, que imitan lo extranjero, por el mero hecho de estar de moda. Hay hyppies verdaderos y caricaturas de hyppi. De éstos no tratamos. Queremos analizar serenamente la auténtica filosofía hyppi, que se da en muchos cenáculos de nuestra juventud.

a) *El hyppismo ha diagnosticado bien el mal de nuestro tiempo.*

Tenemos que aceptar esta realidad. El espíritu científico, industrialista y comercial no ha salvado



... a pesar de las similitudes entre Cristo y los gurús, hay profundas desemejanzas de fondo ...

a nuestra humanidad, sino que la ha empeorado. De seguir por este camino podemos temer el caos de la civilización. El ansia de tener ha deshumanizado al hombre. Y de ahí ha nacido gran parte del dolor, de la angustia, de la violencia y de la hipocresía. Es preciso volver al SER y valorar al hombre por lo que es, por lo que tiene de SER y no por las cosas que posee.

b) *Los mansos poseerán la tierra.*

El hippismo ha visto bien que la violencia es engendrada por la pasión y la pasión no soluciona los problemas humanos. La violencia supone un deseo y un ansia de autoafirmación. El héroe hyppi es Ghandi, el Mahatma, el maestro, que fue un testigo de la no violencia y del despreocupamiento de su vestido y de su organismo. La



túnica blanca de Ghandi en las calles de Londres y sus ayunos pacíficos despertaron la conciencia del mundo. Un día murió víctima de la violencia.

c) *Hagamos el amor y no la guerra: paz y amor.*

Son los dos slogans del movimiento hippie. Y están basados en la médula más rica del evangelio. Cristo predicó estos slogans, con palabras y con obras, hace veinte siglos, cuando un pueblo sojuzgaba a toda la tierra entonces conocida y los patricios se divertían con el dolor y el trabajo de sus esclavos. El cristianismo demostró entonces que el amor y la mansedumbre tiene más fuerza transformadora que el poder y el dinero.

d) *Puntos negativos de la filosofía hippie.*

Sin embargo nos parece que hay puntos muy discutibles, tanto en el movimiento hippie, como en las filosofías orientales.

1') *Realidad del cosmos y de la sociedad.*

En primer lugar el mundo no es una ilusión ni la sociedad una sombra. El mundo y la sociedad son algo real. Tan real, que se nos impone. El dolor y la injusticia no son fabricación de los sentidos ni ilusión de la fantasía: existen. Y no podemos prescindir de ellos. Nuestro mundo ES inhumano. Y en él reina la injusticia, la violencia y el odio. Ignorarlo es engañarnos.

2') *Nuestra existencia es una tarea que debemos realizar.*

Nuestra existencia tampoco es una ilusión, es una tarea, un quehacer, una encomienda. Tenemos que realizarnos. Y tenemos que realizarnos reali-

zando nuestro mundo. El cosmos es el escenario, el instrumento, el existencial de nuestra realización y nosotros somos los realizadores de nuestro cosmos. El hombre es un ser-en-el mundo y el mundo es un ser-para y en-el hombre. Por eso nuestra realización es un compromiso con nuestro cosmos, no una huída de él. La historia es la suma de las realizaciones individuales y comunitarias de los hombres. El hombre es ser histórico, no sólo porque vive en la historia, sino porque vive y hace la historia.

Es preciso hacer la transformación del mundo, porque depende de nosotros. No basta con buscar nuestra propia realización ignorando al mundo, como si éste no existiera. Tampoco basta la compasión de los pobrecitos hombres, que no han hallado aún el camino de la sabiduría; es necesario el amor, el sacrificio, la entrega, el interés por la realización humana de los demás.

3') *El hombre no se identifica con su pensamiento.*

El hombre es un ser dialéctico, complejo, polémico en sí mismo. Es corpóreo-espiritual, sensitivo-intelectual, intelectivo-volitivo, individuo-social, erótico-amoroso, libre-condicionado, ilimitado-concreto. No podemos olvidar ninguno de estos polos que rigen dialécticamente nuestro ser y nuestra acción. Despreciar a uno por exaltar al otro es destruirnos, ignorarnos. No somos ángeles ni bestias, sino hombres. Y el que aspira a ser ángel acaba en bestia —sentencia enérgicamente Pascal—. Conocer nuestras limitaciones y lo ilimitado de nuestros ideales es aceptar nuestra realidad y las metas de nuestra realización.

4') *La evasión es una cobardía.*

Pretender evadirnos de nosotros mismos y de nuestra conciencia responsable es renegar de nuestro ser de hombres conscientes. La conciencia lúcida es lo que hace al hombre intérprete y renovador de su historia.

(1) Cfr. La historia de "Salvador Gaviota", que es una fábula basada en esta identificación del Yo con el pensamiento.